36

Vitalis de Toledo

LA GUERRA

(L'habit de guerre)

Una pesseta

Drama

J. Freixes. G. 016.

LA GUERRA

VITALIS DE TOLEDO

LA GUERRA

DRAMA EN UN ACTO

VERSIÓN Y ARREGLO

DE

A. MUNDET ALVAREZ Y J. FIRMAT NOGUERA



BARCELONA
FÉLIX COSTA; IMPRESOR
Calle Conde del Asalto, 45
1916

Al señor Mauricio de Toledo

notable ingeniero galo, pariente del autor de esta obra y paladín de la buena causa, dedican su sencilla, pero fervorosa labor,

Los adaptadores

Barcelona, Octubre 1916.

PERSONAJES

ENRIQUETA
JULIO



ACTO UNICO

Saloncito. Mobiliario moderno. Derecha 1.ª, sillón y taburete formando «Chaise longue». Puerta a los dos lados, oblícuamente. Balcón-ventana, al foro.

ESCENA ÚNICA

ENRIQUETA Y JULIO

ENRI. (A la ventana, espera la llegada de su hijo). ¡Aún no!

JULIO (Entrando, viste uniforme de oficial de Infantería). ¡Madre!

ENRI. (Volviéndose). No te he visto llegar.

JULIO Cierra, madre mía, cierra esa ventana, ¿quieres? Hace un tiempo de perros. (Se quita la capa. Se sienta. Corta pausa. Ella cierra la ventana).

ENRI. ¿Marchas mañana, verdad?

JULIO Sí, madre, mañana.

ENRI. ¿Estás ya bien curado, nada te duele?

JULIO Mírame detenidamente. Un mes de hospital y seis semanas de convalecencia, por una fruslería.

ENRI. ¡Una bala en mitad del pecho! ¿A eso llamas fruslería?

JULIO Una bala insignificante que salió como había entrado, tan lindamente, sin destrozar cosa alguna. Dime, ¿tengo el aire de un hombre debilitado, enclenque?

ENRI. (Con orgullo delicado). Eres un arrogante soldado.

JULIO Pues entonces (La mira que llora. Pausa). ¡Oh! ¿Qué tienes? Quién me ha dado tal suerte

de madre. ¡Vaya un recibimiento! ¿Sabes adónde voy? Pues a Campia, en misión...

ENRI. ¿Por cuántos días?

JULIO Algunos días...: algunas semanas... no sé. Pero además, terminada la misión, habré de volver al depósito.

ENRI. ¿Y de allí a la campaña, ante el fuego del enemigo? ¡Claro!

JULIO (Interrumpe alegremente). Te preguntarán ¿dónde está tu hijo?, y tú responderás: ¡combatiendo a los krémlinos!.

ENRI. Sí, sí: lo sé...

JULIO ¡Y tu voz será firme y segura!

ENRI. No.

JULIO Deseo marchar contento y tranquilo, después de una noche de intimidad con mi madre; esa es toda mi ambición.

ENRI. ¿Qué debo hacer?

JULIO Siéntate en esa butaca. Arreglo el menaje de la escena, y suelta la mano, porque la necesito para la elocuencia... de la mímica: es un momento solemne.

ENRI. ¡Ya ves que no me río!

JULIO Vamos a conversar seriamente... con lealtad, sin rodeos ni disimulos... Recuerdo aquellos días felices, en los cuales sólo esa sinceridad, que tú me enseñaste, constituyó nuestra salud moral y la tranquilidad de nuestro espíritu. Ahora me toca a mí recordarte cierta noche en que algunas palabras tuyas, rudas y claras, hicieron brillar ante mí la luz que fué mi salvación. Yo quisiera poder admirarte estóica, resignada.

ENRI. ¿Cómo quieres...? (Un silencio).

JULIO Me aterra el silencio que exagera más que la palabra.

ENRI. ¿Cabe exageración? Lo que pasaría el límite... es lo que de nosotras se exige. Una bala atraviesa el cuerpo de un hijo, y cuando está curado, su propia madre ha de enviarle en busca de otra bala... más certera.

JULIO Tu imaginación exagera, madre.

ENRI. Cede al peso abrumador que la aplasta, y el corazón se declara vencido.

JULIO Otra vez tu corazón se extravía. El corazón

es un niño a quien debe conducirse de la mano: fuiste tú misma quien me lo dijo un día. Voy a batirme, madre: no voy a que me maten, y me acompaña el ansia de vivir para que puedan ver mis ojos el orgullo de mi patria y, ¿a qué no decirlo?, la victoria. La apoteosis del drama fabuloso: la vuelta de los vencedores cubiertos de polvo y de gloria: Fulgania de fiesta, dispensando al mundo el beneficio de sus sufrimientos.

ENRI. ¡El desquite! Ese ensueño punzante y sordo de nuestra infancia puesta de rodillas. Era muy pequeña cuando vi pasar por las calles de mi pueblecillo las tropas del príncipe Fiederik... Y ahora eres tú, un hijo mío, el único... a quien veo en traje de guerra, y siento como un vértigo y la vista se me obscurece. (Llévase las manos a los ojos. Una pausa). Y es forzoso creer en la realidad. No es un sueño. Se pelea... en las puertas de Kemps y de Fruslack. La guerra se repite... ¡Qué horror!

JULIO Tanto mejor. La historia acababa mal. Sería pecado contar a los niños una historia que no termine bien.

ENRI. La guerra ha estallado ya ¡y qué guerra! Hay holocaustos salvajes, aun celebrados en el altar de la patria.

JULIO La obra de muerte es siempre odiosa. Esta o aquella ¿qué importa? Maldito mil veces el guante de hierro que nos abofetea el rostro. Pero el mal está hecho: casas en ruinas, pueblos enteros convertidos en polvo, niños mutilados, mujeres ultrajadas, y una tumba en cada piedra, y lo que es peor que la guerra, peor que la muerte: que han desfigurado la pobre vida. ¡Ah! Mira, a la sola idea de devolverle su dulce, su inocente aspecto...

ENRI. Nuestra vida de otro tiempo, de ayer... que no supimos medir, y que se venga. Su recuerdo va borrándose en el pasado, como algo que fué muy bueno, muy agradable, como algo que no volveremos a ver jamás.

JULIO Renacerá más bella, más sonriente y envi-

diable: te lo juro. Y ella será obra nuestra.

ENRI. ¡Si no fueran tan poderosos! Les conozco bien; tienen la mano muy pesada.

JULIO Qué aparato de guerra habían preparado, Señor! Parece increíble.

ENRI. Son gentes que tenían conciencia de lo que fraguaban y de adónde iban. Iban a la guerra deliberadamente; aguardaban a que la máquina pareciese irreprochable, para darle el primer impulso. Hoy ya es un hecho: la máquina funciona.

JULIO Con ella querían aplastar el mundo. (Pausa). Dicho está que podían vencer... que debían vencer. Todo estaba previsto y provisto. Hombres apostados en todas partes, para todos los menesteres, hasta los más ingratos y repugnantes; las dificultades resueltas de antemano, con una minuciosidad inaudita; las eventualidades previstas; todos los medios clasificados, ordenados y prestos; ningún sacrificio que no hubiese sido aceptado previamente. Ni un descuido, ni un abandono. El armamento, el orden, el número. ¿Qué les faltaba, pues?... Y perdieron la partida, no muy lejos de aquí, en el Nierva, y se acabó; han perdido ¿me comprendes? ¡Ah! el poder de la compilación. Con su paciencia, con su disciplina, con su método, y aquel montón de documentos, a qué precisión moral y material lograron llegar. No usaban por lujo sus lentes aquellos incansables lectores que ante ninguna aridez... ni detalle retrocedían y se consideraban admirables al fin de la jornada por haber reunido tantos datos: por haber compulsado tantas cosas, y aun más, por no haber dudado; y esta sabiduría les faltó, la de la duda. La fuerza es la soberana del mundo, ciertamente, pero es preciso que no se equivoque. Lleva en sí misma su debilidad y su yerro, porque dá demasiada seguridad. Esas gentes se han perdido porque no han dudado. Han alardeado de sobra, han despreciado de sobra, han llevado sobra de rabia o sobra de corazones, y el viejo Conti-

nente, fuera de sí, engañado, escarnecido, codiciado, se ha levantado, al fin, poderoso y trágico, y se ha conjurado para terminar de una vez. Y será forzoso que esto acabe un día u otro. Y aquel día, madre, aquel bello día, después del loco derroche en la aurora de una vida nueva, me imagino que se verá surgir de entre los escombros y las ruínas humeantes y de las forjas gigantescas, la pequeña y sutil llama que ellos desconocieron y que nos habrá servido como de fetiche: la ironía.

ENRI. Defiendes una causa santa. Id quienes debéis ir, no desfalleceremos. Esta noche me siento débil por tu despedida, no me pidas valor, ni fuerza, ni paciencia... esta noche estoy triste y soy desgraciada... discúlpame. Pero estoy segura de reaccionar pronto... desde mañana, porque nosotras hemos jurado, sí, también nosotras, ser valientes, soportar la pena de nuestro hogar vacío, como vosotros, allá abajo, la lluvia de los proyectiles.

JULIO (Emocionado). ¡Madre!

ENRI. (Con esfuerzo y con voz velada). Venceremos... Es necesario.

JULIO Con qué voz tan débil has dicho eso. (Pausa).

ENRI. Es que también hay madres en Krémlina ¡Ah! yo quisiera gritarles: ¡Cuidado!, aquí estamos las madres de Fulgania, sin audacia y sin odio, pero sabremos sufrir, entendedlo; no contéis con nuestra debilidad.

JULIO La guerra es un deber, un rudo deber.

ENRI. Empiezo a creerlo, y, sin embargo, cuando pienso que eres tú quien ahora...

JULIO ¿Lo consideras paradójico?

ENRI. No digo que...

JULIO Querida madre, nuestra vieja Fulgania no ha olvidado nada.

ENRI. Ha olvidado el odio. He releído tus versos, ese libro que se te parece, «La vida fácil», que no es una epopeya.

JULIO No es el género épico del gusto de este poeta, lo confieso sin rubor ni remordimiento; no son batallas mis visiones, son

más modestas y más ingenuas. Cada nuevo día es el don pacífico del cielo, el obscuro y maravilloso beneficio de un Eterno sencillo y suave, y yo me acomodaba a tomarlo así, sin prevenciones, sin prejuicios, sin propósitos determinados, sin lo más injurioso de todo: el odio que revuelve la tierra por una insolencia, por una ambición, por una palabra. La vida plácida, gentil, indulgente,... la vida de todos los días. Pero eso es la paz, madre. (Pausa). Ha sido necesario cambiar de traje y de alma, trocar la máscara y el rostro.

ENRI. Se alzó el telón... empieza la tragedia.

JULIO Ya ves que nada podemos oponer al vendaval, ni contra la guerra; sólo armarnos de pies a cabeza... la mano y el cerebro. Por mi parte, he desterrado todo rubor, toda piedad, toda tolerancia. He revocado todos mis escrúpulos de ayer, mi imparcialidad, malos compañeros de armas. Y llamo a recuerdo mis antiguos prejuicios, mis prevenciones todas y mis rencores de la infancia que tenía aprisionados en la memoria y a quienes pongo en libertad, para que se batan en mí y conmigo, y obren y dicten la ley; eso es todo. Abdico. Soy muy otro. Sólo hablan mi instinto y mi herencia. Obedezco. Es la consigna, y soy soldado.

ENRI. Estás bien cambiado.

JULIO Sin duda. (Pausa).

ENRI. ¿Y no temes...?

JULIO Sentí miedo allá... un miércoles de Octubre, cuando nos anunciaron de repente que el enemigo iba a envolvernos; sentí piedad de mí, de ti, sentí los latidos de mi corazón. ¡Oh, qué instantes aquellos!... En cuanto vimos al odioso enemigo invadir nuestras trincheras, aquéllas que nosotros habíamos cavado y construído, te juro que nos sentimos invadidos de odio y no hubo necesidad de que nos infundiesen valor. Parecíamos un puñado de hombres ante aquellas apretadas falanges que formaban un ejército. Ni uno tan sólo intentó volver la espalda.

Retumbaba la artillería, había que oirla, los hombres, los hermanos, caían como la mies dorada en tiempo de siega. Era preciso atacar... después pararse... Llegó el coronel dió una orden, se alejó. En un momento nos vimos ya prisioneros, porque el enemigo nos envolvía. ¿Cómo describir aquel espectáculo? Hay algo que mi palabra ni la del más elocuente jamás podrá revivir. Aquel grito de admiración entusiasta, único, que brotaba a un tiempo de miles de gargantas, cuando veíamos a la innumerable hueste batirse en retirada, retrocediendo, retrocediendo, con abandono de nuestras posiciones, y luego de las suyas... aquel grito, aquel alarido de triunfo. La maniobra había producido su efecto... la izquierda enemiga, quebrantada... ¿cómo? ¿por qué? ¿qué milagro? Entonces nos acometió el delirio. Durante algunas horas, los destinos del mundo estuvieron en nuestras manos y nos mostramos dignos de tal empeño. Que este pensamiento pudiera hacerme dichoso, no lo hubiera creído nunca, pero me fascina, me transporta, siento esa feroz alegría, tocada de misticismo, que dá el sentimiento de la fuerza. Y cuando me entregaba al sueño, ya en la calma, sólo interrumpida a intérvalos por el lejano tronar de los cañones, ya había besado, fervoroso, este suelo tan exigente, que yo había defendido sin conocerlo, pero de donde me llega, como prenda de su agradecimiento, el murmurio profundo de la vida. (Se arrodilla y pone la cabeza entre las manos. Su madre, sin palabras, piadosamente y con precaución y suavidad, lleva la cabeza de su hijo a su regazo de madre. Pausa. Y sin moverse de su sitio y con la voz y el tono del tiempo de paz). Tú piensas: he aquí un muchacho... que hace lo que puede...

ENRI. (Interrumpiéndole). No, no: creo, respeto. ¿Sabes, hijo mío? No conozco más que una virtud, en estos instantes: la de hacer tu empresa menos penosa. Sea cual fuere el origen de donde llega a tí ese entusiasmo, yo

lo bendigo. No quiero analizarlo. No serán las madres quienes al llegar el momento de la partida, lleven al corazón de sus hijos vacilación, ni debilidad. Pero el raudal de llanto ¿cómo detenerle?

JULIO Compadezco a quien marcha sin dejar tras de sí lágrimas y miradas anhelantes, que le siguen tercamente amorosas. Cuando marchamos, la puerta de nuestra casa parece sólo entornada, y allá en el campo de batalla, no estamos perdidos, ni olvidados, nos llegan noticias vuestras, nos animan y confortan vuestras cartas, que aprendemos, siempre, de memoria.

ENRI. ¡Qué bueno eres, hijo mío; al pensar en ese placer, en ese consuelo, cuando vas hacia la muerte!

JULIO ¡La muerte! De lejos, uno se imagina...

ENRI. Se imagina lo que es, poco más o menos.

JULIO Desengáñate, hombres y cosas no se conocen hasta que se tratan y se estudian; y el peligro es como lo demás; es preciso vivir entre él y frecuentar su trato.

ENRI. ¿Y acostumbrarse a él? ¡Qué atrocidad! Cuando se le ha visto de cerca impunemente, es cuando se le conoce menos. El peligro es un hipócrita, el más lisonjero, y el más insidioso; su familiaridad no es otra cosa que traición. Como está allí visible, con el brazo en alto, y finge desdeñaros, váis en su busca, a pesar de todo, y a vuestra imprudencia la llaman heroísmo, y el peligro se aprovecha y mata.

JULIO ¡Madre, tú blasfemas!

ENRI. Pues bien, sí, di que blasfemo, ¡pero es verdad!

JULIO No es ningún reproche. Las madres tenéis el derecho hasta de blasfemar. Además, tú no te equivocas del todo; el heroísmo no fué en muchas ocasiones, más que un error de sublime candidez. Pero hay otra cosa que tú olvidas; que el heroísmo en la guerra no es una nobleza excepcional, es el género de vida. Lo otro es cobardía, y hay que escoger entre los dos extremos. Y

quien arrostra el peligro sin alarde, sin vacilación, con desprecio de su vida y desconocimiento de su propia conservación, ese es el héroe. ¿Cómo batirse bien y arriesgar sereno la vida en todos momentos, sin investirse de la más alta dignidad y sin decirse: yo estoy aquí para salvar al mundo?

ENRI. ¡Ah! Si la razón es fuente de heroísmo, como tú dices, puedo, pues, temerlo todo.

JULIO. Pero, madre, tú no eres mujer que se deje engañar, y no lo pretendo. La guerra es la guerra, y cada cual debe aguantar lo suyo; tú aquí, allá yo.

ENRI. Justo, y habré de estar preparada a todo, hasta a la idea de que tú, hijo de mis entrañas...

JULIO. No, esa idea no debe atormentarte, madre querida. Todos tenemos un deber terrible que cumplir.

ENRI. Conozco el mío, y lo cumpliré; descuida. Hoy, después de cuatro meses de una vida que parecía imposible, en continuo sobresalto, noches de angustia, soledad espantosa, zozobra sin fin, ha sido necesario comprender que una ley tiránica se imponía, y he sabido acatarla con sus días sin noticias, la incertidumbre, la espera interminable, desesperante, y el miedo, anudando la garganta como con una argolla de hierro; todo lo he aceptado; también yo obedecía. Pero aquello otro, la visión fatal, terrorífica... ¿Qué sería de mí, sin la vuelta de mi hijo? Me resignaría, tal vez, o moriría, no sé, no puedo saberlo. Se puede exigir que suframos, pero que una madre haga, voluntariamente, el sacrificio de su hijo, reflexiona, es imposible. Nos lo quitan; eso sí, y nos lo matan con frecuencia: pero la resignación por adelantado, esa longanimidad suntuosa, eso nunca; no está en ningún código moral ni natural. Por mí soportaría todos los tormentos, las privaciones todas, menos una sola, aquélla.

JULIO. Bien; comprendo que sería una mala ocurrencia dejarme allí la vida, y no creo de-

jarla... lo digo convencido, pero claro que todo es posible; y lo mejor como lo peor...

ENRI. ¿Adónde quieres ir a parar?

JULIO Déjame pedirte una cosa. Yo mismo, no sé lo que deseo de ti: no sé qué promesa o qué voto. Tengo la convicción de que la guerra lo ha trastornado todo, lo ha transfigurado todo. No parece la misma atmósfera... ni las mismas opiniones, ni los mismos valores. Hemos pasado de un mundo a otro.

ENRI. ¡Ya! Tú quieres saber si la guerra ha destruído nuestro corazón de madres.

JULIO ¿Destruído? No.

ENRI. ¡Pobre hijo mío! Es inevitable que una madre en todo momento vuele hacia su hijo para guardarle de mal, y la guerra que se lo impide, la indigna, la exaspera...

JULIO (Como súbitamente decidido). Díme ¿eres capaz de tener un momento de energía?

ENRI. ¿Qué quieres decir?

JULIO ¡Madre! Tú, siempre tan serena, tan igual, tan refllexiva, no pasarías el tiempo deplorando lo irremediable, apenándote con inútiles recuerdos. Créeme. Te digo esto, con el fervor que se pone en las palabras extremas. Si hubiera de morir, moriría sin pesar. (Pausa). Amo la vida, por ella, porque es vida, y no tengo fe más que en ella. Porque ella es la siempre bienvenida al fondo de mi alma, bajo cualquier aspecto, y no la miro amable ayer y hoy aborrecible: es la misma siempre a los ojos amigos. Se arrojaron sobre ella, la abofetearon, y yo voy en su defensa, para que no la avergüencen, ni la humillen. En la lucha puedo sucumbir, pero sucumbiré por ella. Soy joven, egoísta, con esperanzas, con ilusiones. Las horas de mi vida, todas, todas, me son queridas, y las que mañana espero, me lo son doblemente, y doblemente imperiosas, las viviré con todas mis fuerzas, con todo mi amor. Amo la vida, madre, y el odio, y la rabia que hierven en mí son hijas de este amor ofendido. ¡Abominación! ¡La Derrota! ¿Sa-

bes tú, lo que esta horrible palabra significa?

ENRI. (Con voz debilitada). Sí, sí, basta.

JULIO ¡Madre! No moriré. ¡Contra la Muerte tomo las armas!

ENRI. Contra ese tenebroso y formidable enemigo, contra la Muerte, sólo debemos esgrimir una arma fúlgida: el Amor.

JULIO (Con fuerza), ¡Madre! El enemigo, no sólo trata de vencernos, quiere sepultar la Raza.

ENRI. (Ahogando un grito terrible, irguiéndose magnífica). ¡Hijos! ¡No lo permitáis! (Fuera un potente y largo toque de clarín).

TELÓN

FIN DE LA OBRA

NOTAS

Esta obra que estuvo en estudio en el Romea, de Madrid, por la compañía de Rodríguez de la Vega y en el Romea, de Barcelona, por la de Plana-Llano, no ha llegado a estrenarse por razones que alcanzará el lector, y decidimos publicarla sin que se estrene como se hizo en Francia con la original.

Enriqueta tiene 54 años y Julio 29

Punto de vista del actor

La acción en el pais imaginario de Fulgania
Uniforme caprichoso


3 0112 098520130